

Academia de Buenas  Letras de Granada

# DISCURSO

PRONUNCIADO POR EL  
ILMO. SR. DON ENRIQUE MORÓN  
EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA  
COMO ACADÉMICO SUPERNUMERARIO  
ACTO CELEBRADO EN EL PARANINFO  
DE LA UNIVERSIDAD DE GRANADA  
EL DÍA 13 DE MAYO DE 2013

GRANADA  
MMXIII

*Edita:* © Academia de Buenas Letras de Granada

Apartado de Correos 1013

18080 GRANADA

<http://www.academiadebuenasletrasdegranada.org/>

*Imprime:* Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S.L., Granada

*Depósito Legal:* Gr/928-2013

DISCURSO  
DEL  
ILMO. SR. DON ENRIQUE MORÓN

CONSIDERACIONES  
ACERCA DE MI POESÍA

Señor Presidente  
Señoras y Señores Académicos  
Señoras y Señores:

CERCA ya del ocaso de la vida, cuando el tiempo transcurrió por mi persona con desigual ligereza, me pongo a pensar lo corta que ha sido esta existencia poblada de los mas diferentes y variopintos aconteceres. Y hoy me encuentro aquí y ahora haciendo un ejercicio de memoria con los días que sucumbieron en la mustiedad del otoño.

Mi vida, como la de cualquier persona, es un severo viaje por los senderos del tiempo. El tópico es antiguo: el camino o el río como metáfora del acontecer humano. Y esta vida mía, como digo, está poblada de luces y sombras, de agostos y eneros, de pétalos o espinos, en definitiva nada especial, como la de cualquier ser humano. Pero hoy estoy aquí, ante vosotros, dispuesto a hablar de algo que he sabido hacer, o al menos lo he intentado: la poesía.

En primer lugar he de decir que no soy ni he sido nunca un poeta sospechoso de manejar influencias, ni pronunciar silenciamientos, ni poner zancadillas; ni mucho menos de acercarme a los políticos de turno para recibir las prebendas que ellos saben dar a los que merodean a la sombra de sus manipulaciones ideológicas. Yo siempre he sido un “francotirador”, y he permanecido al margen de los circuitos literarios para, de esta forma, preservar mi propia identidad. Hasta tal punto, que soy de los pocos poetas españoles que no gozan de ningún premio literario. Tampoco me he presentado a ellos. Con esto no quiero

señalar a quienes hacen lo contrario. Todo mi respeto hacia ellos. Es sencillamente una actitud.

Desde que era muy joven me vi inclinado hacia lo lírico. En mi libro de memorias *El bronce de los días*, explico cómo surgieron estos primeros escauceos literarios de los que, afortunadamente, nunca he querido desprenderme, puesto que la poesía y yo guardamos una relación tan íntima y apasionada, en expresión juanramoniana, como la de dos enamorados.

De aquellos años míos de adolescencia guardo un feliz recuerdo: Bécquer, Juan Ramón, Lorca, Antonio Machado... fueron los primeros poetas que leí con entusiasmo. En aquellos tiempos, de mis quince a mis dieciocho años, escribía sin descanso, de una manera frenética. Todos aquellos textos primerizos los fui guardando en una bolsa y después, pasados muchos años, serían presa del fuego, en presencia de algunos amigos, en la chimenea de mi casa de Cádiar. Tras la muerte de mi madre seguí escribiendo con entusiasmo, pero algo más sosegado. Desde entonces, hasta los 22 años, fui perfilando mis primeros libros: *Poemas*, *Romancero alpujarreño* y *El alma gris*. Respecto a estas publicaciones comento en el prólogo de mi recopilación *Poesía 1970-1988*:

*De esta época he salvado mi Romancero alpujarreño-1963- que coloco al final de la obra para no romper su unidad y coherencia, puesto que mantiene distintos registros, temas y estilo, con respecto al resto de las publicaciones. Dichos romances han sufrido, no obstante, una profunda revisión; y en Nota de Autor a segunda edición -1988-, que considero definitiva, explico su génesis y posterior metamorfosis. (Morón, 1988: 7-8)*

Como vemos, mis libros *Poemas* y *El alma gris*, quedaron excluidos de tal recopilación por considerarlos “prehistoria literaria”. La verdad es que ambos poemarios están plagados de influencias muy claras y me falta una severa autocrítica que, por mi edad y formación de entonces, aún no había llegado a asimilar. Pasado el tiempo, y acogiéndome al entusiasmo de Fernando de Villena por *El alma gris*, me atrevo a citar el primer texto que abre dicho poemario:

*Volver de nuevo a mí  
y siempre en una estrella;  
herido por el verso  
y herido por la pena.*

*Hace miles de noches  
que me busco en mi sombra  
negra.*

*Hace miles de siglos  
y miles de violetas.*

*¿Qué soy yo?  
Yo soy una piedra.*

*Volver de nuevo a mí,  
buscándome, poeta.*

*¡Qué largo es el camino  
de la mirada inmensa! (Morón, 1964: 7)*

Tras estas primeras publicaciones, tuve un descanso de seis años, pues mi vida, tanto personal como literaria, se transformó de una manera evidente. Y de ello me hago eco en *El bronce de los días*:

*Por aquellos tiempos ya había publicado tres libros, pero a pesar de todo me encontraba desorientado y me había convertido en un joven autodidacta que por doquier iba dando palos de ciego. Necesitaba consejo. Necesitaba una disciplina. Necesitaba romper con los tópicos lorquianos y buscar mi propia voz. Y tuve la suerte de encontrarme con Carlos Villarreal, que iría limando mis asperezas y encauzando mi lírica hacia el poeta que hoy soy. (Morón, 2003a: 101)*

Y así surgió en 1970 mi primer poemario *Paisajes del amor y el desvelo*. “Esta publicación significaba romper, definitivamente, con mi primera etapa juvenil, abrir nuevas ventanas a la naturaleza y gozar, por vez primera, de una madurez vital y artística apta, en fin, para nuevas empresas” (Morón, 2003a: 8)

*Eres el mal menor entre mis males.  
Cerca de ti presiento la alborada.  
Eres el norte y sur de mi mirada  
con embriaguez de puntos cardinales.*

*Eres lluvia de agosto en los umbrales  
de esta pequeña soledad quemada  
por tus labios en flor. Eres la nada  
menos hueca, de ausencias espirales.*

*Eres círculo y punto de diana,  
rubio centro del sol galán y arquero  
por mosaicos de azul en la mañana.*

*Eres, amor, la vaporosa esencia,  
pasión y luz del aire pinturero  
que se bebió tu tibia transparencia (Morón, 1988: 44)*



Como vemos, el cambio había sido radical. Estaba ante una nueva poesía, lejos de mis escarceos juveniles.

Tras este poemario continué por los mismos derroteros que ya me había trazado. Una nueva forma de entender la poesía más trabajada, más serena, más auténtica. En definitiva, la madurez había entrado en mi vida y me había ido sosegando hasta encontrarme con el poeta que soy hoy. A partir de entonces mi persona estuvo llena de felices aconteceres, otros menos felices y algunos luctuosos. Comencé y terminé la carrera de Filosofía, murió mi tío Antonio Morón, entusiasta y ameno promotor de mis primeros libros, me casé, saqué las oposiciones, y en fin... me convertí en un hombre sosegado y padre de dos hijos. A pesar de este cambio de estado sigo trabajando en cincelar poemas, como el orfebre que presta a este delicado arte lo mejor de su vida y le da sentido a su existencia. Será quizá porque mi ambición es estética y no personal por lo que me congratulo en mi trabajo y no sufro los envites de la envidia, ni el resquemor de la soberbia. Me encuentro feliz como estoy, si es que la felicidad existe de forma plena, y deseo dormir con la conciencia tranquila. No es que con esto quiera practicar “el buenismo”, pero sí deseo estar a bien conmigo mismo y con los demás, aunque esto último, a veces, no dependa de mí.

Después de *Paisajes del amor y el desvelo* fui haciendo, con cierto intervalo de tiempo, nuevas publicaciones. Pero volvamos al volumen que recoge mis obras completas entre 1970 y 1988:

*Con “Odas numerales” y “Templo” redondeo la etapa clásica e intimista que ha marcado mi personalidad poética. Fueron*

*años de soledad, de sereno dolor, de compasiva tristeza. Años en que compuse parte de mi poesía más entrañable, más sugestiva y, por supuesto, más biográfica. Pasada esta etapa pensé que no debía anquilosarme, por temor a repetirme, y hube de levantar vuelo hacia nuevos horizontes [...] “Bestiario” fue un cambio notable en mi trayectoria: nuevos hallazgos, nuevos ensayos fonéticos y métricos y la adopción del versículo en gran parte del libro. Supuso esto abrirme a otro cosmos y distinta manera de ver la vida. Pasar del yo al tú significó abrir las puertas de mi viejo caserón en donde me hallaba recluso. Por primera vez escribo poesía urbana, que con frecuencia he repetido en libros posteriores. Y por primera vez soy solidario-poéticamente hablando- con la gente que sufre, que trabaja o que muere. (Morón, 1988: 8-9)*

De este libro cito el poema titulado: “Una mujer viuda”.

*(Tras tantos años de tu muerte  
hoy te recuerdo, madre.)*

*Nació. Vivió.  
Miró el mundo con gesto compasivo  
o altanero.  
Veloz el alba, apenas,  
le rozó los cabellos.*

*Padeció con desgana  
y gozó sin exceso.*

*Cruzó el camino. Francamente débil  
rozó su mano el bosque jazminero.*

*Pero llegó al final,  
ya desbordado el tiempo.*

*Miró a su alrededor, altiva y triste,  
y se murió en silencio. (Morón, 1988: 154)*

*En “Cantos adversos”, “Crónica del viento” y “Soledad”  
acrecento la línea esbozada en “Bestiario”: rompo, definitivamente,  
con el metro clásico y será el versículo mi nueva forma de discurso,  
aunque cada uno de estos tres títulos posea su propia peculiaridad [...] Y , por fin, con “Serenomanantial” otra vez me reencuentro con la poesía clásica, tan cara en mis predilecciones. Bajo la vieja fórmula del soneto, escribo una centena de ellos, amorosos en su mayor parte, y vuelvo a mis antiguas obsesiones, eternos temas de la poesía de siempre: el amor, el tiempo, la soledad, la muerte; y la naturaleza siempre envolviendo los oscuros designios de la vida. (Morón, 1988: 9)*

Como me extendería mucho con un poema de cada libro publicado en esta época, me limito a citar la “Oda al número cero”, de *Odas numerales*:

*Redonda negación, la nada existe  
encerrada en tu círculo profundo  
y ruedas derrotado por el mundo  
que te dio la verdad que no quisiste.*

*Como una luna llena es tu figura  
grabada en el papel a tinta y sueño.  
Dueño de ti te niegas a ser dueño  
de toda la extensión de la blancura.*

*Tu corazón inmóvil y vacío  
ha perdido la sangre que no tuvo.  
Es inútil segar donde no hubo  
mas que un cuerpo sin cuerpo en el baldío.*

*Redonda negación, redonda esencia  
que no ha podido ser ni ha pretendido.  
Sólo la nada sueña no haber sido,  
porque no ser es ser en tu existencia. (Morón, 1988: 74)*

Después de esta recopilación seguí publicando poemarios con variada pero rigurosa asiduidad. *Despojos* fue mi siguiente título. Aquí vuelvo de nuevo con el tema urbano que ya había utilizado en *Bestiario*, e igualmente los personajes marginados formarán parte de mi preferencia lírica. Títulos como “Navajeros”, “Caballos galopantes” o “Barrio chino” son un ejemplo de mi preocupación humana y social. Y no es que quiera volver a la poesía de los años 50, sino que adopto un compromiso moral y solidario, lejos de lo panfletario y, por supuesto, de la demagogia política de los años anteriores o posteriores a la muerte del dictador. Como ejemplo de esto, el comienzo del poema “Barrio chino”:

*La Rosa y la Virtudes,  
la Carmela, la Hortensia y la María.  
Sebastiana la muda,  
Pepa la rubia, Trinidad, Angustias  
la de Loja y Magdalena y Paca  
la zocata.*

*Taconeando cruzan por las calles  
umbrias de la noche.- ¿Me das fuego,  
mi amor? Taconeando  
hacia los bulevares y los parques  
donde fermentan rubios navajeros,  
viejos alcaldes ebrios,  
ebanistas, trotskistas, electricistas  
y escuálidos mancebos.- Oye, tú,*

*¿cuánto vales?- Depende,  
corazón. Taconeando  
hacia el sur de los llantos, lentejuelas  
y flores estampadas  
a surcos,  
a filo de navaja,  
en la luna metal de los estanques* (Morón, 1990: 33)

Tuvieron que pasar varios años para que apareciera el siguiente título, pero entre 1995 y 1996 se publicaron cuatro poemarios. ¿Cómo es eso? Pues, sencillamente, como los poetas no formamos parte del “movimiento mercantil” que existe en la novela, y mucho menos en provincias, cuando llega la ocasión tenemos que echar mano al cajón donde se deposita el stop de nuestra lírica, esperando que llegue el momento, como en el arpa de Bécquer, de que aparezca la mano que sepa tañerla; en este caso no es la blanca mano femenina en la que soñaba el poeta sevillano, sino la oscura mano del editor que te aprieta las clavijas.

*La brisa de noviembre* fue de estos cuatros títulos el primero que publiqué, dedicado a la muerte de mi hermana. Con esta muerte quedó enterrada toda mi ascendencia, pues todos murieron relativamente jóvenes. Sólo yo he superado estas edades. Me queda el consuelo de parecerme a mi tía-abuela María Morón, que tras dejar esta vida con cerca de 90 años, había enterrado a un marido y al último lo mandó a Argentina. Ella que todas las noches se hacía una tortilla de seis huevos, murió de una indigestión de choto en ajillo.

Con este poemario vuelvo al intimismo tan esencial en mi lírica. Son poemas desgarrados, reflexivos, agrestes. Todo dentro de lo que forma parte de mi estilo. En sus

textos, como en los siguientes, utilizo el verso libre, lejos ya de las ataduras del clasicismo que dejaré por un tiempo, pero que de tarde en tarde vuelvo, cuando necesito la llamada musical de la rima y el ritmo, en donde dejé mis más sentidos cantos de amor y melancolía. He aquí una muestra del presente libro:

*Por todos los caminos  
podrás llegar al mar, pero no olvides  
que hay un sendero estéril, escondido  
entre peñascos y asperezas, ruda  
serpiente bajo espartos y bolinas,  
que dejan cicatrices en el aire  
denso de los silencios. Nunca quieras  
penetrar en su espacio, ni pretendas  
acceder a sus límites altivos,  
por entre cerros y cañadas. Nunca  
pruebes su fruto vano, es el camino  
de las sombras lunadas,  
de los ocultos ríos amarillos,  
de los nocturnos cuervos ateridos.  
Por todos los caminos  
podrás llegar al mar, pero no olvides  
que hay un sendero al sur, es la vereda  
amarga de la muerte. (Morón, 1995a: 52)*

Del mismo año es el libro *Veredas*. Una hermosa edición no venal publicada en Almería. Recuerdo que el acto fue en el teatro Apolo bajo el mecenazgo de Óptica Almería. Total, un lujo para la época. La presentación corrió a cargo de José Lupiáñez que hizo un detallado y profundo estudio del libro:

*La omnipresencia del tema amoroso hace que los poemas, breves por lo común, de dos o tres estrofas muchos de ellos, se conciban como un diálogo permanente con el tú de la amada. De ahí que sean frecuentes los apóstrofes, ruegos, consejos y peticiones al ser querido. Estas dos grandes vertientes son las que sobresalen de una forma reiterativa a lo largo de todo el poemario. Amor y naturaleza como paradigmas continuos de esa última etapa de su lírica.* (Lupiáñez, inédito)

Tras finalizar el acto, una vez obsequiados los asistentes, se regalaron ejemplares. En definitiva, un mecenazgo llevado a cabo por una empresa privada, cosa extraña hoy. El libro está dedicado a mi esposa y es un ramillete de versos de amor en la naturaleza:

*Hemos vivido tanto, tanto, tanto.  
Hemos llegado al fondo de los besos,  
para buscar la sombra que perdimos,  
la sombra de los vivos y los muertos.*

*Hemos cruzado noches, días, noches.  
Hemos subido al borde de los huesos,  
para encontrar la fuente donde brotan:  
angustia, duda, oscuridad, misterio.* (Morón, 1995b: 39)

Al año siguiente aparecieron dos títulos. “Otoñal égloga” está recogido dentro de un conjunto titulado *Églogas de Tiena*. Dicho poemario es una serie de cuatro poemas pastoriles: “Égloga de primavera” de Fernando de Villena; “Égloga de la estación segunda: el verano” de José Lupiáñez; “Otoñal égloga” de Enrique Morón; y “Égloga del invierno en Tiena” de Juan J. León. Este bello poemario

tiene un precioso y erudito prólogo de Antonio Enrique que nos explica cual fue la génesis del libro:

*Así pues, aquí en esta casa (y bajo la atenta circunspección de la inefable tía Rita, señora de la casa), una mañana que se hizo tarde, y ésta que derivó en noche, en plática junto al fuego y la mesa abastada de lo menester, fue que nació la peregrina idea de aderezar unos bien concertados parlamentos de pastoría, al gusto antiguo-que no escritos en moderno-, pues al fin, cuando mucho se estragan oído y lengua, es la razón de dar solar y mano diestra y entendederas. Aquello tuvo ocasión, si mis notas son fiables, el día tres de noviembre de mil novecientos noventa, y el pretexto, la celebración del libro “Despojos”, de uno de los contertulios (Enrique, 1996: 8)*

El título, además de unas sentidas églogas, significó rendir culto a la amistad. Mi poema está escrito en octavas reales. Este es el inicio:

*Desmayado rumor de los tractores  
que hienden por la tierra sus aceros.  
Cuando agosto concluye sus rigores  
y abre septiembre nubes y aguaceros,  
octubre vibra de aves y colores  
densos, policromados, pintureros.  
Es el otoño lánguido que exhibe  
del tiempo breve, plácido declive. (Morón, 1996a: 51)*

Del mismo año es *Cementerio de Narila*, un extenso poema en sextetos liras, con un sentido y profundo prólogo de José Lupiáñez. Es una cuidadísima edición de Ángel Moyano con ilustraciones de Blas Ferrer y Vicente Balbastre. El principio del prólogo explica la intención del poema:



*Para salvar del olvido una tarde, para hacerla eterna, se escribe a veces un poema. Para contar de ella, una a una, las horas que fueron dándole grandeza se escribe, en ocasiones, un poema. En ese poema se singulariza la emoción de la aventura, sentida con plena conciencia, porque a menudo resulta fácil reconocer, viviendo la vida, el instante que puede convertirse en materia poética. Algo así ha ocurrido con el origen de este libro, ubicado en el paisaje global de una tarde de finales de verano-próxima la hora del crepúsculo-y mientras paseaban varios amigos desde Cádiar a Narila, en pleno corazón de la Alpujarra. Aquel camino, que tantas veces hemos recorrido juntos con Enrique Morón, es un paseo mágico a la caída del día: Los sentidos aprenden emociones y la mente se pierde en hondas y quiméricas filosofías. (Lupiañez, 1996: 9)*

Veamos dos estrofas del presente libro:

*Pueblo petrificado  
en el alto silencio de las horas.  
Indolente. Callado.  
Expuesto al vértigo de las auroras.  
¡Cuánta sabiduría  
hay en los ojos de fulgente umbria!*

*Hombres como la tierra,  
nacidos desde el grito de la arcilla.  
Dólmenes de la sierra,  
de busto azul y apuesta maravilla.  
Manos para la espiga,  
para la piel, la piedra y la fatiga. (Morón, 1996b: 34)*

De 1999 es *Senderos de Al-Andalus*, otra bella edición con el sello de Port Royal, editorial que con un cuidado

exquisito dirige Ángel Moyano. Aquí me sumerjo en el poema histórico. Son versos dedicados a nuestro pasado árabe, en donde rememoro lugares y personajes de Al-Andalus. Desde los Omeyas hasta los Moriscos, pasando por los reinos de Taifas y el reino Nazarí de Granada, abarco ocho siglos de cultura y esplendor que tanta huella dejaron entre nosotros. Dicho poemario enlaza, en cuanto a historia se refiere, con otro que publiqué anteriormente con el nombre de *Crónica del viento*. He aquí una muestra:

*Desde los altos alminares,  
airosos cuellos que a la luz inquietan  
con sus doradas lanzas,  
elocuentes almuédanos invitan  
a la oración. Azules,  
lípidos horizontes se divisan  
tras la ciudad,  
E inúndanse las calles de nevadas  
chilabas  
que hacia la gran mezquita se dirigen.* (Morón, 1999a: 14)

*Del tiempo frágil*, cuenta con un prólogo de Juan J. León -siempre en mi memoria- que posiblemente fue quien mejor conoció mi poesía. Vuelvo al verso clásico en donde me encuentro tan cómodo: sonetos, tercetos, liras... Este libro entronca con otros anteriores: el amor, la muerte, el paisaje, el tiempo... en definitiva lo más característico de mi lírica. Respecto a estos temas nos dice Juan J. León en su prólogo:

*Igual que el paisaje alpujarreño es el espejo donde se reflejan el sentir y el pensar poetizados en la obra de Enrique*

*Morón, el tiempo interno bergsoniano es la imagen vislumbrada en el fondo azogado de cuanto ha sido y es, o sea, del pasado-recuerdos-y del presente que rememora, en un mismo paisaje, ese pasado. [...] En la poesía de Enrique Morón la nostalgia, la soledad y la tristeza emanan de los recuerdos del lugar en que ocurrieron los hechos evocados o en el que vivieron las personas añoradas. El paisaje inmutable trae a la memoria las imágenes y los hechos pasados, y el tiempo psicológico presenta todo como recién vivido, como si estuvieran ocurriendo en el presente y el poeta fuese ahora testigo de los hechos y no, como antaño, actor de los mismos. (León, 1999: 9-10)*

Como ejemplo este soneto que lleva el mismo título del libro:

*Después de contemplar tanta belleza:  
los efuvios del sol en la vertiente,  
la sangrante amapola de poniente  
y la quietud de la mañana ilesa.*

*Después de solazarme en la tristeza  
de la flor pensativa y decadente,  
que despoja sus galas en la fuente  
donde beben tus labios fuego y fresa:*

*pienso en el tiempo frágil, en la vida  
que se diluye por el largo río  
de mis azules, anegadas venas;*

*pienso en el viento largo de mi herida,  
en tus ojos de sombra y de rocío  
y en el bordón oculto de mis penas. (Morón, 1999b: 27)*

El nuevo siglo lo estreno con un curioso poemario: *Inhospita ciudad*. Con un prólogo en donde Gregorio Morales saluda esta aventura urbana que, aunque no es nueva en mí, es distinta según el prologuista:

*El título de “Inhospita ciudad” no debe, pues, llamarnos a engaño. Eso es lo que la ciudad era para el poeta hasta ahora. La verdad, la belleza, el pensamiento, la amistad y cuanto de noble, alto y profundo pueda haber en la vida estaban en el campo. La corrupción, la miseria, el egoísmo, el sinsentido, la competencia, la codicia y la mezquindad estaban en la ciudad. [...] Sin embargo, ahora, en este libro y en una revolución copernicana, el “cántico espiritual” puede producirse en unos grandes almacenes; los vaqueros ceñidos de una chica son “la yedra que envuelve altos fustes morenos”; el poeta contempla como siempre la luna... en el retrovisor de su automóvil. La armonía es ahora la producida por los neumáticos; los gorjeos, por los motores de los automóviles. (Morales, 2002: 7)*

Veamos un par de estrofas de un poema que titulo, intencionadamente, “Cántico espiritual”, en donde introduzco, a manera de *collage*, algunos versos del poeta de Fontiveros:

*Te me perdiste un día  
en la extensión grotesca de unos grandes  
almacenes. No supe más de ti.*

*Te busqué por el área engalanada  
donde florecen rosas de papel  
en jardines de plástico.  
Si por ventura viéredes,  
pregunté al encargado de las flores,*

a aquella que más quiero,  
*no supo contestarme. Y te seguí  
por juguetes insólitos, por tiendas  
de camisas y por perfumerías  
que exhalaban aromas de cantueso,  
de salvia y de romero, amada, las montañas,  
los valles nemorosos. Y te quiero.* (Morón, 2002: 13)

Si algo característico hay en mi poesía, pienso yo, es la variedad tanto estrófica como temática, sin dejar de ser personales. *Si canta el ruiseñor*, es una colección de versos, no muy extensos, en donde la naturaleza es elemento importante. Lo opuesto al libro anterior y dentro de lo que pudiéramos llamar, mis amados tópicos del *beatissimus ille o locus amoenus* por un lado, y por otro el poema breve y aforístico en la línea, en este caso, de libros anteriores como *Cantos adversos*. En su presentación, Fernando de Villena nos aclara:

*Nos encontramos ante un libro de culminación, un libro de absoluta madurez; poesía en estado puro, pero no poesía pura, pues su profundidad y la inquietud espiritual que la generan se aprecian de principio a fin. Un libro de esencialidad lírica donde se produce una plena comunión del artista con la naturaleza. [...] Casi todo el poemario presenta un carácter admonitorio, didáctico y sentencioso: el poeta se dirige a una segunda persona, a veces femenina, a veces masculina, cuando no es el propio hijo, y le habla y aconseja confidencialmente.* (Villena, inédito)

He aquí un ejemplo de esto último en el breve poema titulado “Amistades efímeras”:

*No fundes tu esperanza  
en la amistad efímera. Renuncia  
a todos los halagos y edifica  
la escueta sobriedad de tu existencia  
sin más sonido que el silencio,  
sin más verdad que el llanto de las horas.* (Morón, 2004: 65)

En el poemario siguiente escogeré también el metro clásico. *Sonetos al silencio*, es otra colección de cien sonetos de los más variados temas, en la línea de libros anteriores. Si acaso quizá tengan un aire de modernidad unas veces y otras de denuncia, pero en definitiva, con ese intimismo melancólico que me caracteriza:

*Quiero dejar el día en que me muera  
una leve sonrisa en la mirada  
de aquellos que me amaron, pues que nada  
quede de mí que incite a la quimera.*

*Que mi sombra se extienda placentera  
por los fértiles valles, y la espada  
cubra del río la memoria airada  
con mi sonrisa siempre lisonjera.*

*Que las aves incendien de armonía  
los árboles que amé, naturaleza  
que se solaza en su galantería.*

*Y si dejo un resquicio de belleza,  
amadla si me amasteis, sutileza  
que de a la brisa toda mi poesía.* (Morón, 2009: 13)

*Vértigo de las horas*, publicado en 2010, es una colección de poemas con tintes amargos en donde el desencanto, el

irreparable paso del tiempo y los fantasmas del pasado, ocupan parte de estos versículos. Veamos el poema titulado “Como un río de niebla”:

*Me siento cautivado por los ecos  
de la memoria.  
Y por los pliegues de mi frente cruzan  
los cables de mi pena  
con un sonido de metal que inunda  
vacíos y oquedades  
de mi cerebro.  
De tiempo en tiempo suena  
el timbre de un teléfono  
que llama a los recodos  
de mi conciencia.  
Son voces de fantasmas que en la noche  
se comunican con  
mis ojos hacia adentro.  
A veces yo les hablo y otras veces  
dejo que fluyan  
como un río de niebla  
por mis mejillas. (Morón, 2010: 77)*

Y finalmente en 2011 volví de nuevo al viejo romancero. Aún sabiendo que no está de moda este metro, me atreví a ello. Me refiero a *Romances del crepúsculo*. Es una colección de 26 romances con un prólogo también en el mismo metro. El poemario lo divido en tres partes: “Retratos de mujer”, “Romancero urbano” y “De la vida rural”. Es un mosaico de personajes variopintos. Una galería de seres extraños unas veces y sorprendentes otras. Si algo apporto con este libro, a este metro tan hispano, diría que es la modernidad. De ellos nos dice Gregorio

Morales, que me animó a que terminara dicho poemario, en su presentación:

*[...] ¡Y hay tantos tipos en el poemario de Morón! [...]Si en un futuro se perdieran todos los libros salvo éste, simplemente con sus poemas podríamos colegir cómo es la vida contemporánea, sus sombras, sus luces, sus grandezas, sus miserias. Y si esto puede ser dicho de un libro, es que realmente ha calado en su tiempo. Más aún, que lo ha retratado en forma de arte, que es la belleza. [...]Y aquí entra el poeta con su barita mágica: hasta lo más putrefacto y hediondo, lo más trágico y sangriento, puede ser visto con sus luces irrepetibles, con sus contrastes; puede ser visto de forma estética. (Morales, inédito)*

He aquí un fragmento del primer romance, titulado “Curra motera”:

*Curra motera destroza  
el corazón de los hombres.  
Es andrógina y perversa,  
y lleva una flor o cobre  
sobre su chupa de cuero  
de oscuro carbón de roble.  
Corre de acá para allá,  
siempre de la ley al borde,  
con un trigal por melena,  
y por sus senos o montes  
encubre alijos de nieve  
entre el encaje y el orbe  
de su piel, la que desdeña  
el corazón de los hombres. (Morón, 2011: 15)*



Hasta aquí los poemarios que tengo publicados. No cito poesías de dos cuadernos titulados *Florilegium* y *Agua oculta que llora*, por considerarlos inacabados. El primero es una obra miscelánea. Aquí introduzco poemas aparecidos en revistas, homenajes o textos que no caben en otros libros por aquello de la unidad. El apartado que dedico a homenajes es el más extenso y, lógicamente, incompleto. En definitiva, es un libro que, por estas características, está continuamente haciéndose.

En cuanto a *Agua oculta que llora*, fue un encargo que me hizo Arcadio Ortega para El Aljibe del Rey. Primero apareció, para el día de la lectura, como un cuaderno, y después en un libro que recoge todas las colaboraciones que se hicieron para tal evento. La antología se titula *El agua y la palabra*. El poemario consta de dieciocho textos dedicados a la ciudad y al agua, y lo compuse exclusivamente para dicha lectura. También lo considero inacabado puesto que en él se incluirán algunos encargos que hice para revistas con el tema granadino: La Alhambra, El Albaicín...

Actualmente guardo en el cajón más de un trabajo que no está publicado, pues mi vida literaria aún continúa en expansión. De todos mis libros inéditos sólo voy a citar uno que está a la espera de publicación, pero, por una u otra circunstancia, aún no ha visto la luz. El poemario se titula: *Todo el dolor del viento*. Aquí afronto el tema de la vejez que aunque esbozada en libros anteriores, pensemos en los versos de *Sonetos al silencio*, ahora es una obsesión: el dolor del tiempo, la proximidad de la muerte, el último e inevitable viaje, la soledad... Hay una desesperanza en estos textos y una estoica serenidad ante lo inevitable. Es una poesía existencial que, aunque sea una constante en

mi lírica, aquí se acentúa con el paso de los días y el elegiaco tañer de las campanas. El poema que voy a citar es un canto de amor poniente en donde me dirijo a la amada o confidente, ya pasados los efluvios de la juventud, en estos términos:

*Ya no puedo ofrecerte mi entusiasmo.  
Yo sé que tú lo esperas  
por el valle marchito que mis ojos  
ofrecen al silencio.  
Por las tristes secuelas  
de mis antiguas lágrimas.  
Mas como ves estoy  
con el pie en el andén, quizá esperando  
que se retrase, en fin, la caravana  
que nos ha de llevar  
hacia el misterio del cosmos.  
Mírame, mas no olvides  
que yo también te quise,  
y recuérdame, al menos,  
cuando se alejen todos los vagones  
con sus fríos espejos  
cautivados de asombro. (Morón, inédito)*

Después de este recorrido por mi lírica, no voy a detenerme en hacer un estudio en conjunto, o una clasificación de mis poemas por temas o estilo, con divisiones o subdivisiones; eso es una labor que se la dejo a los críticos. Por supuesto que sé muy bien lo que hago y lo que escribo. ¡Hasta ahí podíamos llegar! Siempre, en esto de la lírica, me he considerado libre, sin ataduras ni prejuicios. Nunca he seguido consignas de nadie pues he permanecido al margen de absurdos dictámenes o caprichosos criterios

estéticos o políticos. Y si alguna vez me he sentido dañado con silenciamientos, infundios, o descalificaciones, lo he sabido asumir con riguroso estoicismo o con una sonrisa de indiferencia. No merece la pena.

Pues a pesar de estas pequeñas miserias, siempre me he encontrado pleno con mi trabajo, y si hay algo que me produce satisfacción es la poesía. Gracias a ella no conozco ni la envidia ni la frustración, porque me encuentro dichoso en este estado. Quizá el secreto esté en no competir. La competencia crea estrés y provoca incertidumbre. ¡Yo no entro en este juego! Para mí la lírica ha sido una especie de “nirvana” en donde, como el orfebre, he procurado sacar de ella lo mejor que me ha podido ofrecer, para mayor tranquilidad y enriquecimiento personal. Por lo demás, no me preocupa el futuro porque no creo en la posteridad.

A estas alturas solo quiero vivir en paz conmigo mismo y, en lo posible, inmersa mi poesía en la soledad de los valles que me vieron nacer y en el amor a la naturaleza. Pues como dice Antonio César Morón en su obra *El grupo Anade de poesía*:

[...] *Entre ambos paisajes que hemos destacado, el de la aldea y el de la Naturaleza, existe una diferencia fundamental: y es que la Naturaleza, el campo, significa para el poeta en soledad la paz más absoluta, que puede conducir a los más breves pero intensos atisbos de felicidad, porque el campo se concibe directamente como enajenamiento del mundo [...]* (Morón Espinosa, 2012: 26)

Y para concluir me gustaría leer el último poema. Es un vago recuerdo de mi padre que murió cuando yo sólo tenía cinco años. Lo compuse hace unos meses y me siento

feliz dedicándole este ya lejano obsequio. El poema se titula “El poeta piensa en su padre” y dice así:

*Situado en la vejez a solo un paso  
de los fríos abismos sepulcrales,  
cuando vivir es frágil luz de ocaso,*

*yo recuerdo, por ser primaverales,  
aquellos años donde todavía  
era el mundo un vergel de ausentes males,*

*a una figura vaga que surgía  
como una aparición en mi mirada  
y al mismo tiempo se desvanecía.*

*Era mi padre. No recuerdo nada  
sino esa sombra que en mis años breves  
se me quedó, por siempre iluminada.*

*Después fue mi niñez de vuelos leves  
una huella minúscula de luto  
que en dignidad compite con las nieves.*

*Crecí con ese estigma. Resoluto  
burlé, diestro precoz, a tanta pena,  
que también el dolor madura en fruto.*

*Y supe sonreír a la azucena  
a pesar de los golpes en la herida,  
a pesar del silencio que te aliena.*

*Siempre llevé tu faz enaltecida  
sobre mi rostro. Tu semblante honesto  
se miró en el espejo de mi vida.*

*Pues no sólo de ti quedóme el gesto.  
He heredado lealtad, melancolía,  
o propensión, quizás, a todo esto.*

*Y siempre procuré, con hidalguía,  
parecerme al perfil de tu figura,  
porque tu luz se incendie con la mía.*

*Y así los dos en paz y sin fisura  
caminamos por este mundo vano  
donde toda esperanza fue locura.*

*Tú pendiente de mí, yo de la mano  
que no te pude dar aquella infancia  
que arrebatóme el tiempo tan lejano.*

*Hoy la vejez me ofrece tu elegancia,  
cuando me encuentro al borde del abismo;  
y ya es de ti tan corta la distancia,  
que estás en mí y estoy contigo mismo. (Morón, inédito)*

Y nada más. Muchas gracias por vuestra asistencia.

## BIBLIOGRAFÍA

ENRIQUE, Antonio (1996). “Introducción a *Églogas de Tiena*”.  
En DE VILLENA, Fernando, LUPIÁÑEZ, José, MORÓN, Enrique y  
LEÓN, Juan J. *Églogas de Tiena* (1996). Prólogo de Antonio  
Enrique. Ilustraciones de Antonio Moreno. Granada, Ediciones  
Antonio Ubago (Colección Ánade de Poesía).

LEÓN, Juan J. (1999). “Introducción a *Del tiempo frágil*”. En  
MORÓN, Enrique (1999). *Del tiempo frágil*. Prólogo de Juan  
J. León. Albox, Batarro.

LUPIÁÑEZ, José (1996). “Introducción a *Cementerio de Narila*”.  
En MORÓN, Enrique (1996). *Cementerio de Narila*. Con ilus-  
traciones de Blas Ferrer y Vicente Balbastre. Prólogo de José  
Lupiáñez. Órgiva, Ayuntamiento de Órgiva-I.B. Alpujarra.

MORALES, Gregorio (2002). “Introducción a *Inhospita ciudad*”. En  
MORÓN, Enrique (2002) *Inhospita ciudad*. Prólogo de Gregorio  
Morales. Granada, Dauro (Colección ExLibris).

(2005) “Morón y la entropía”. En MORÓN, Enrique (2005<sup>2</sup>).  
*Odas numerales*. Prólogos de Gregorio Morales y Fernando  
de Villena. Bibliografía de Antonio César Morón Espinosa.  
Granada. Dauro (Colección Troppo Mare).

MORÓN, Enrique (1964). *El alma gris*. Granada, Prieto.  
(1970) *Paisajes del amor y el desvelo*. Barcelona, El Bardo.

(1972) *Odas numerales*. Barcelona, El Bardo. (2005<sup>2</sup>). Prólogos  
de Gregorio Morales y Fernando de Villena. Bibliografía de

Antonio César Morón Espinosa. Granada. Dauro (Colección Troppo Mare).

(1977) *Templo*. Granada, Universidad de Granada.

(1979) *Bestiario*. Barcelona, Ámbito Literario.

(1985) *Cantos Adversos*. Barcelona, El Bardo.

(1988) *Crónica del viento*. Sevilla, Alfar.

(1988<sup>2</sup>) *Romancero Alpujarreño*. Granada, Diputación Provincial de Granada.

(1988) *Poesía (1970-1988)*. Granada, Ediciones Antonio Ubago (Colección Ánade de Poesía). (Recoge los libros inéditos *Soledad* y *Sereno manantial*).

(1990) *Despojos*. Granada, Ediciones Antonio Ubago (Colección Ánade de Poesía).

(1995a) *La brisa de noviembre*. Granada, Ediciones Antonio Ubago (Colección Campo de Plata).

(1995b) *Veredas*. Almería, Óptica Almería (Colección Alhucema).

(1996a) “Otoñal Égloga”. En DE VILLENA, Fernando, LUPIÁÑEZ, José, MORÓN, Enrique y LEÓN, Juan J. *Églogas de Tiena* (1996). Prólogo de Antonio Enrique. Ilustraciones de Antonio Moreno. Granada, Ediciones Antonio Ubago (Colección Ánade de Poesía).

(1996b) *Cementerio de Narila*. Con ilustraciones de Blas Ferrer y Vicente Balbastre. Prólogo de José Lupiáñez. Órgiva, Ayuntamiento de Órgiva-I.B. Alpujarra.

(1999a) *Senderos de Al-Andalus*. Granada, Port-Royal Ediciones.

(1999b) *Del tiempo frágil*. Prólogo de Juan J. León. Albox, Batarro.

(2002) *Inhospita ciudad*. Prólogo de Gregorio Morales. Granada, Dauro (Colección ExLibris).

(2003a) *El bronce de los días. Memorias*. Granada, Port Royal.

(2003b) *Florilegium*. Salobreña, Ayuntamiento de Salobreña (Colección Cuadernos Literarios de Salobreña).

(2004) *Si canta el ruiseñor*. Salobreña, Alhulia.

(2008) *Agua oculta que llora*. Granada, Ayuntamiento de Granada y Fundación Emasagra.

(2009) *Sonetos al silencio*. Alhulia. Granada.

(2010) *Vértigo de las horas*. Barcelona, Carena.

(2012) *Romances del crepúsculo*. Granada, Port Royal.

MORÓN ESPINOSA, Antonio César (2012). *El grupo Ánade de Poesía*. Granada, Port Royal.



Este discurso, editado por la  
Academia de Buenas Letras de Granada,  
se acabó de imprimir en Granada,  
el 10 de mayo de 2013,  
en el 170 aniversario del nacimiento  
de Benito Pérez Galdós,  
en Taller de Diseño Gráfico y Publicaciones, S.L.  
estando al cuidado de la edición  
el Ilmo. Sr. D. José Rienda,  
Bibliotecario de la Academia

Granada,  
MMXIII